Manos a la obra de Andrés Montes

Daniel Lesmes

"La mano es acción —escribió una vez Henri Focillon—: toma, crea, y a veces se diría que piensa". Pero ¿en qué piensan las manos de Andrés Montes? A esa pregunta os animo en esta exposición. Y qué duda cabe de que sus obras os darán alguna respuesta porque lo que nuestros pensamientos son a las manos, en los artistas son sobre todo manos a la obra. Por eso todas las obras que aquí veis son antes que nada un elogio de la laboriosidad, pues ésa con que las hormiguitas desharán una casa de terrones de azúcar es la misma laboriosidad con la que Andrés Montes va mostraros el perseverante trabajo que es habitar.

Somos en la medida en que habitamos y a este trabajo, una y otra vez recomenzado, siempre nuevo de nuevo, lo llamamos arte. Andrés Montes tiene así también algo del narrador que entreteje historias, custodio de una experiencia que hoy se pierde por todas partes, y que en su caso se corresponde a un largo viaje que comenzó cuando no era más que un chamaco y que aún no ha terminado. "Siempre supe que te irías pero nunca pensé que sería tan pronto" es la frase que repite ese caligrama donde se perfila una casa, pero precisamente es este trabajo de la repetición lo que le confiere su arte al narrador. Andrés lo es tanto como es buen tejedor, y lo que aquí ofrece son las entretelas de este arte.

Sabemos que su primera exigencia es el cuidado y lo que aquí se cuida son como veis lugares. Y se cuida mucho Andrés de construirlos, se cuida mucho de hacerles sitio en el territorio. Cuidar del lugar es construirlo y en esto parece consistir para el artista el trabajo de habitar. Manos cuidadoras éstas de Andrés Montes, manos que no están en ningún caso para la acusación y menos aún para detener nada, tan sólo para dejar que las cosas sean lo que son, para que haga el lugar lo que más le place hacer y que lo haga tan incansablemente como Andrés Montes hace sus casas. Manos a la obra pues.